

mano al más que dudoso lector del padecimiento de algo que sólo sería divertido si estuviera equivocado. Dejemos, pues, constancia de lo objetivo, subrayado antes: el carácter principal de "acontecimiento". Seguir añadiendo cosas nos llevaría muy lejos si habláramos de la obra; fijarnos en la circunstancia, la interpretación propiamente dicha, sería reducir la

importancia del hecho fundamental al no menos interesante tema del arte de la Academia, esta vez, dirigida con seguridad por Laszlo Heltay y completada con su coro y un grupo de solistas que sirvieron eficazmente sus papeles, si bien, casi todos ellos fueron relegados de forma inevitable a segundo término por la continua excelencia de Charles Brett, cuya interpreta-

ción David es difícil de superar. Y para hablar del arte de la Academia, resulta paradójicamente más propicio el otro programa, casi de "grandes éxitos". Ninguna de las obras era precisamente desconocida; varias se las habíamos escuchado ya a la Academia, y de todas tiene ésta versiones discográficas de las llamadas "de referencia". Pero es en la recreación



Iona Brown.

de los temas favoritos donde se aprecian las excelencias de un intérprete, y la agrupación británica es tal milagro de penetración que puede decirse que funciona como un solo intérprete, especialmente, si quien la dirige es la espléndida Iona Brown; de igual forma, es en las diferencias, en las tomas de postura, aun en las audacias, en donde se aprecia la excepcionalidad de aquellos artistas que, como los músicos, han de sujetarse a lo que todos dan como prescrito. Creo firmemente que lo que destaca a unos músicos sobre otros es precisamente su capacidad de poner en entredicho tales prescripciones, en tanto de ese modo revelan lo estereotipado de los juicios de quienes sostienen a ultranza que "esto es así". Por ello, me resulta incomprensible que vengan a ser estos guardianes del orden los mismos que defienden la validez del hecho musical directo, siendo así que esa defensa a lo que lleva en última instancia es a mantener que la música es quien la interpreta. De no ser esta convicción una asunción dogmática, deberían haber destacado del concierto **standard** de la Academia precisamente lo más controvertido: ese Adagio que añade al "Tercer Concierto de Brandeburgo" como movimiento intermedio, y que yo siempre entiendo como un homenaje íntimo al inolvidable Thurston Dart. Confieso que el resto —Haendel, Mozart, Vivaldi en las mejores "Cuatro estaciones" que hay oportunidad de oír— me complació en tanto permitía lecturas semejantes. Sostener la validez esencial de la experiencia no es proclamar la relatividad más absoluta. Hay experiencias más completas, más enriquecedoras, más satisfactorias, que otras. Descubrir esto es empezar a "entender". ■ JOSE RAMON RUBIO.

ADIOS A LAS LETRAS

Entran los literatos

Antes sólo había sociólogos en el Parlamento español. En la época de Franco había directores generales, obispos, ministros y procuradores. Ahora sólo hay sociólogos, críticos de arte, novelistas cachondos y pregoneros como Camilo José Cela, y profesores de Física, como Javier Solana. Enrique Barón, que es el que más pinta tiene de novelista del antiguo realismo social, es en realidad un abogado que no lleva dinero suficiente como para pagar los derechos de aduana de los artículos que compra en el archipiélago canario.

Ahora ha entrado un nuevo literato: Fernando Morán. Se va a sentar muy cerca de Tamames. "Hola, Ramón", le dirá, pero no seguirá mucho más adelante porque Morán es un crítico muy suyo y no es capaz de cruzar veinte palabras de más con un autor que no le interesa.

Es, por otra parte, un novelista, y entre los novelistas de este país de poetas la competencia siempre ha sido muy fiera. En los plenos conjuntos, Morán buscará, con esa mirada que en seguida se retrae y se adentra en el botón del cuello de su camisa, a Camilo José Cela. Una vez descubierta la calva del sabio, Fernando Morán hará para sí la sociología literaria de "La Colmena", mientras otro literato frustrado, el sociólogo Gómez Llorente, recoge los papeles que abandona Álvarez de Miranda, quien en su destierro de Fuerteventura no fue capaz de captar y condensar la atmósfera literaria que dejó el otro gran desterrado: Miguel de Unamuno.

Cuesta intuir lo que hará un literato —novelista, sociólogo de la novela— en el estrado de un Parlamento. A este país le hacían falta diplomáticos que fueran escritores. En Latinoamérica hay una peligrosa plaga de escritores que se convierten en diplomáticos porque son amigos del Presidente de la República. Aquí, como no hay Presidente de la República, los diplomáticos no tienen necesidad de escribir para irse al extranjero. De hecho, cuando Fernando Mo-

rán estuvo en Londres lo único que podría escribir serían notitas en las que anotara las sucesivas subidas de tensión que producía Fraga Iribarne entre el vecindario. Para un novelista de su categoría de observador, aquella anécdota en la que el líder de Alianza Popular y antiguo embajador en la Corte de San Jaime le reprochaba a uno de sus colaboradores su impuntualidad debía ser una joya difícilmente olvidable.

Fraga, en realidad, no le reprochaba a su hombre que llegara tarde a la reunión cotidiana y matutina. Había llegado tres minutos antes. "Señor —comentó el gallego de los tirantes—, no sólo se es impuntual por llegar tarde: se es especialmente impuntual por llegar temprano".

Fernando Morán se trajo de Inglaterra el silencio, esa voz que en el teléfono parece una interferencia y que en seguida se apaga porque el hombre está ocupado juntando fichas para una sociología de la novela negra, azul o rosa. Es curioso que la izquierda tenga más literatos que la derecha en el Parlamento. Para contrarrestar a Gonzalo Fernández de la Mora, que era el único derechista que podía demostrar que tenía méritos suficientes para hacerse socio del Pen Club, no hacía falta que la izquierda inclinara tanto la balanza a su favor. Hasta Marcelino Camacho, que es amplio y ampuloso, como el hombre del crepúsculo de las ideologías, podría hacerle sombra a don Gonzalo.

Pero el PSOE creyó oportuno atraer hasta el estrado al mejor discípulo de Tierno Galván, como homenaje a la literatura y pensando quizá que un día, para delicia del ciudadano, éste sea un país gobernado por novelistas de mirada perdida, cejas pobladas y verbo radiante y fluido. La gente hasta ahora se creía que la literatura parlamentaria era la de Fraga. Los que ven la televisión pensaron que era la de Adolfo Suárez. Morán tiene la oportunidad de devolverle al Parlamento su literatura. ■ SILVESTRE CODAC

Fernando Morán.

Manuel Fraga.

Camilo J. Cela.



El cuerpo que necesitas

"El Cuerpo" llamaban sobriamente a Raquel Welch sus ad-

miradores. Y algo así deben llamarle los suyos a Iggy Pop. Un conocido comentarista musical me decía, durante su concierto, en el triste recinto del Pabellón de Deportes El Soto: "Es justo el cuerpo que necesitabas en verano: fresco y juvenil, a pesar de sus muchos años de curro en esto de exhibirlo".

El Pabellón de Deportes antes citado es uno de los lugares donde debería estar prohibido dar conciertos. Se parece bastante a un campo de concentración, lleno a medias de cuerpos juveniles y sudorosos que no tienen ni una mala silla para sentarse. Pero esto no es lo peor; a esto ya estamos acostumbrados los sufridos amantes de la música "pop", que nos vemos hacinados como rebaños en locales inmundos y carísimos si deseamos ver algo que nos interese. Lo peor es la acústica del local: no se oye nada. La estructura metálica del lugar, o algo así, hace reverberar los sonidos de una forma casi intolerable para cualquier oído humano normal. De manera que cualquier músico o cantante puede resultar igual a otro, al que sea.

Y eso es, justamente, lo que ocurrió el pasado lunes: primero actuó un grupo de Barcelona-"punk" llamado Peligro. Quienes los han oído dicen que están muy bien; yo no los escuché. Les vi actuar, y el cantante me pareció, en su actuación, una especie de copia de Ramoncín. Empezaron a tocar con más de media hora sobre el ho-



Iggy Pop, durante su actuación en Madrid.

rrario previsto, y se excusaron débilmente pretextando algún problema de luminotecnía.

En segunda parte, Iggy Pop. Se presentó en plan "superstar", no se sabe muy bien por qué. En realidad, Iggy Pop es un cantante de segunda fila, cuyo único mérito puede ser el haber hecho hace tiempo —cuando estaba con el conjunto MC5, por ejemplo— lo que muchos hacen ahora: con sus gestos y actitudes provocativas, y dotado además de una voz agresiva y dura, puede decirse que inventó a finales de los años sesenta lo que ahora se ha bautizado como "punk". Aquí hizo un numerito bastante completo; se semidesnudo, exhibiendo un torso aceptablemente sudoroso, y unas piernas bien torneadas

enfundadas en mallas rojas. Cantó violento y también cantó suave, hizo cortes de mangas a la asistencia, y se revolcó por los suelos. Agradable para quien disfrute con esas cosas, y motivo para que muchos que hablan de música digan eso de "celebración dionisiaca", y demás. Tal celebración se hubiera dado de no existir unas condiciones acústicas tan insoportables, y de tener Iggy algo más de carisma personal.

El público asistente no llegaba a llenar la tercera parte del recinto del Pabellón de Deportes. Eran, en su mayoría, bastante jóvenes y punkeros, y también había una nutrida representación del gay madrileño. Todos iban dispuestos a que la cosa les gustase, y creo que

lo consiguieron en parte. Al final, pidieron un bis; lo hicieron a la violenta, tirando latas de cerveza vacías al escenario; los músicos y el cantante se asustaron ante tanta violencia, y tardaron un poco en comprender que era la peculiar forma de cierto público madrileño de manifestar su aprobación. Cuando lo comprendieron cantaron dos canciones más, una de ellas parece que de Frank Sinatra.

Tras el concierto, hubo que emprender el largo camino de retorno a Madrid: un kilómetro andando hasta Móstoles, y luego el autobús, apesado en la inmensa caravana de quienes regresaban del fin de semana. Hay que amar mucho el "rock" para asistir a un espectáculo organizado con tan malas condiciones; y mucha desvergüenza para montarlo así, en un pueblo lejano y en un local sin posibilidades, cobrando encima cuatrocientas pesetas —precio único— por entrar. Y todavía habrá quien mantenga que el "rock" es un espectáculo popular... ■ E. H. IBARS.

ARTE

Está bien... estaba bien, porque ya la han cerrado, la exposición que en la galería Inguanzo celebraron los pintores Román Arango y Pin Morales... ¿Pin? Supongo que ese nombre vendrá de Pepin, de Pepito... ¡Qué más da! La exposición estaba aglutinada, no por ningún tipo de afinidad electiva, sino porque sí; por amistad, acaso por disparidad, porque cada uno representaba lo contrario de lo que representaba el otro. Yo, que no leo nunca críticas de arte porque me aburren mucho —y estoy seguro de que las más serán las más aburridas de todas—, ¡el esta vez la de Santiago Amón en "El País". Hablaba de una especie de hábito mortecino en las obras del que no era Pin..., en Arango, y de una especie de expresionismo en Pin. Siento disentir de Danielito Amón, al que respeto mucho, pero ni Arango me parece mortecino, ni Pin expresionista. Veamos.

Pinturas de Román Arango y Pin Morales
Galería Inguanzo.
Madrid

Habría que elaborar una teoría de urgencia del "collage"



Sandy Denny: Una desaparición prematura

de él un estilo genuino y brillante, del que han partido numerosas aportaciones de interés en todo el mundo de la canción popular. Fundamentalmente, Sandy —tras una breve aparición con el grupo The Strawbs— realizó su carrera en Fairport Convention, conjunto fundamental para entender el revival de la música tradicional y su entronque con el rock en la Inglaterra de los años sesenta. Álbumes que plasman esas ideas con eficacia rayando la maestría son "Unhalfbricking" y, sobre todo, "Liege and Lief", donde el trabajo del violinista Dave Swarbrick tuvo un soporte vital en la cristalina voz de Sandy Denny, perfectamente integrada en el sonido global, rotundo, flexible, vibrante del grupo. Posteriormente, Sandy formó un quinteto, Fotheringay, de compacta y bosquiesca sonoridad, que fue comparado, por ello mismo, al montaraz

estilo de la Banda canadiense, el conjunto acompañante de Dylan en numerosas ocasiones. Sin embargo, el éxito comercial de Fotheringay no fue elevado, por lo que la Denny se aventuró por el camino solitario. Con notables resultados, ya que sus LP's "The North Star Grassman and the ravens", "Sandy" y "Like an old fashioned waltz", grabados entre 1971 y 1974, mostraron, además de la sensible cantante que conocíamos, a una nada despreciable compositora, tanto de textos como de melodías —muchas veces inspirados en el folklore.

Ligeramente apartada de la escena en los dos últimos años, preparando justamente su come back, al lado de su marido, Trevor Lucas, Sandy realizó en Madrid un memorable recital en 1974, donde su diminuta figura se agigantaba en su voz entrañable, su piano contenido, su guitarra serena. ■ ALVARO FEITO.

VICTIMA de un tonto accidente —caída por las escaleras de una casa inglesa, y posterior hemorragia cerebral—, Sandy Denny, una de las más importantes cantantes inglesas de las últimas décadas, ha muerto a la edad de treinta y un años. Ella participó en las experiencias que el folk británico realizó en esos años, hasta hacer